

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

Á CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



EL PAÑUELO DE MANILA

¡Ay, pañuelo de Manila,
rica prenda nacional;
el que de la cruz de mayo
fuiste desol tiempo atrás;
bandera de las mujeres
de la clase popular,
archipiélago de flores!...
¡Qué pena verte me dal
Ya en la clásica verbena
tus colores no darán
á los ojos alegría,
sino llanto de pesar.
¡Que al verte los españoles,
llorando recordarán
que el pabellón de la patria
no flota en Manila ya!
¡Con tu amarillo color,
recuerdo eterno serás
de aquella raza traidora,
homicida y desleal!
¡Las rojas flores que el arte
supo en tu fondo bordar,
la sangre de sus soldados
á España recordará;
y al verte, todo el que sienta
santo amor por el hogar
despojada de la patria,
entre sollozos dirá:
—¡Ay, pañuelo de Manila,
rica prenda nacional,
archipiélago de flores!...
¡Qué pena verte me dal...
G. FERRÍN.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		FUNDADOR	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas. > trimestre..... 2,50 > año..... 10	EDUARDO SOJO	EN PROVINCIAS...	Un trimestre..... 3 pesetas > semestre..... 6 > año..... 12
			EXTRANJERO...	> año..... 15

UN BUEN CONSEJO

¡Cuán grande es tu candidez, amigo Cándido! ¿Qué tu chico no sirve para nada? ¿Y qué? ¿Se necesita en España servir de algo para serlo todo? Pero pues ello te aflige y encuentras que el mozo es demasiado mujeriego para clérigo, harto pusilánime para militar, sobrado ignorante para catedrático y aun excesivamente zote para magistrado, voy á darte un consejo para que salgas del apuro. Hazle político, hombre; hazle político, y estás al cabo de la calle.

Habrás tú oído decir que el arte de gobernar á los hombres y hacer dichosos á los pueblos es, de entre todos, el más arduo y enrevesado. Ríete de eso. Hay que desconfiar de la dificultad de aquellas cosas que se aprenden solas, sin estudio ni preparación. ¿Viste tú nunca á ningún pelafustán, extraño por entero á los misterios del pentágono, coger un día un «stradivarius» y emular los prodigios de Sarasate? ¿Viste á un profano al arte sublime de Apeles tomar de improviso pinceles y paleta y enjaretar, en un dos por tres, el «Pasmio de Sicilia»? ¿Viste á un peón de albañil construir un San Pedro de Roma ó á un fabricante de pucheros modelar la Venus de Milo? La política hace esos milagros. Para ser estadista no se requiere saber cosa alguna. Tal hay que estudió para ingeniero, para leguleyo ó para militar, y de la noche á la mañana te le topas hombre de Estado, rigiendo los destinos de su país, como Sancho los de la Barataria, convertido en una potencia política y gobernando como un gerifalte.

Así es como aquellos que de nada sirven, llegan á mandar á los que sirvieron para algo. ¿Tu hijo, dices, es demasiado lego para profesar? Ministro de Fomento, ordenará á los profesores. ¿Es demasiado torpe para industrial ó comerciante? Ministro de Hacienda, dispondrá del patrimonio de comerciantes é industriales. ¿Es demasiado topo hasta para abogado? Ministro de Gracia y Justicia, hará mangas y capirotos con el destino de jueces, magistrados y fiscales, y así sucesivamente. Dirigirá la enseñanza, aunque se imagine que hay que dar cuerda á los barómetros. Manejará la Hacienda, aunque crea que dos y dos son cinco. Gobernará las relaciones exteriores, aunque afirme que Madagascar está en Marruecos. La política, tal como se hace, es el medio de los inútiles, los vagos y los ignorantes rijan y gobiernen á los ciudadanos activos, útiles é inteligentes. Es un delicioso *quid pro quo*.

Por torpe y desmañado que tu chico sea, amigo Cándido, alguna gracia tendrá. Sabrá al menos jugar á carambolas ó hacer jaulas para grillos. Llegue él á personaje, y verás como le rien la gracia. Cánovas, amén de ser hombre político, tenía cierta rancia erudición: ¡qué no se ha hablado, cielos santos, de la sabiduría de Cánovas! Moyano, además de ser reaccionario, era hombre de bien: ¡cuánto no se ha alabado, santos cielos, la probidad de Moyano! A ciertas alturas todo es mérito y donaire. Hasta los vicios se convierten en virtudes y en cualidades los defectos. La tenacidad es firmeza, la perfidia habilidad, la ligereza expedición, la frescura serenidad, la audacia valentía, la timidez moderación, y patriotismo la deslealtad. Si el chico á tales cumbres llega, puedes estar seguro de que sus carambolas pasa-

rán á la historia y sus jaulas serán guardadas en arqueológicos museos para asombro de la posteridad.

Otra ventaja, y no floja, que tiene el hombre político sobre todos los demás hombres es la de poder alabarse á sí mismo sin reserva ni atenuación. El convencionalismo, más ó menos sincero, de la modestia, no reza con él. No es frecuente oír á un médico jactarse de su talento en el arte de curar ó á un abogado hacer alarde público de su habilidad suprema para ganar los pleitos. Desde que hay Gobiernos en el mundo acaso no haya existido ninguno que se abstuviera de semejantes jactancias. Nunca el país estuvo mejor gobernado. Nunca la patria fué más próspera. El Gobierno celoso vela, inteligente prevé, entendido remedia, afortunado acierta. Jamás de los males públicos fueron culpables los que gobiernan á los pueblos. Jamás bien alguno llegó á los pueblos sin la intercesión de sus gobernantes. Los políticos compartir con los vendedores de específicos el privilegio de alabar sin tasa sus drogas.

¿Dirás tú, Cándido, que todas estas injustas prosperidades hallan al cabo su sanción en el inapelable fallo de la historia? ¿Temes el juicio de la posteridad? ¿Te espanta la perspectiva de aquella fama infame de que nos habla Cervantes? ¡Cuánto te engañas! Dos hombres han gobernado á España desde hace veinticinco años. Paz, riqueza, colonias, prestigios y honor; todo se ha perdido por efecto de su gestión. Pues uno de esos hombres, vivo, tiene erigida una estatua en el pueblo de su naturaleza, y aguarda el momento de volver á gobernar el país, al que llevó al desastre. El otro, muerto, es honrado y enaltecido como político insigne y estadista sin par, asombro de inteligencia, portento de carácter y dechado de patriotismo. Desengáñate; las naciones son hembras, y gustan de ser pegadas. Muchos siglos hará que la memoria de varones justos y humanos, que pasaron por la tierra haciendo bien, se habrá sepultado en el olvido, cuanto todavía perdure, tema de apreciaciones apasionadas y contradictorias, el recuerdo de esos otros que causaron á su patria males mayores que aquellos que para ella hubiesen deseado sus más mortales enemigos.

—«Haceos hampón»—dijo el austero Claudio Frolo á su travieso y endiablado hermano Juanito.—«Hazle político, Cándido»—te digo yo ahora con referencia á tu infeliz hijo. Y en el fondo es la misma cosa.

ALFREDO CALDERÓN.

LA PESTE

—Abre, España.—¿Quién eres?—Soy la Peste bubónica.—Y deseas...—Contagiarte.—Pues dispensa mi mal recibimiento, y marcha con la música á otra parte, que aquí no puedes realizar tu intento.—

No me trates, España, con tan altiva saña, mira que en un momento, si mi salvaje cólera despertaras, de un vuelo por encima de tus puertas paso, y mis escuadrones de horribles y pestíferos bubones, arrojo sobre ti.—¡Cállate, loca y escucha! Aquí tenemos

las pestes á legiones.

Por eso tus ataques no tememos,

como la enhiesta roca

no teme á los violentos aquíones.

¿Que traes incordios tú? ¡Bravos exordios!

¿Qué valen tus incordios,

comparados con éstos que aquí brotan

todos los días, y jamás se agotan?

Aquí está Villaverde,

el guapo chico de la lengua lisa,

que fuma en pipa y con afán la muerde;

Silvela, el de la pérdida sonrisa;

Durán y Bas, sacristá cate trático;

Gómez Imaz, el hombre problemático,

de expresión tarda, de cabeza huera;

Dato, punto sutil, aunque simpático;

Liniers, el de las grandes decisiones,

que en todas ocasiones,

en vez de discurrir con la mollera

demuestra discurrir con los talones;

el taimado Comillas,

con sus innumerables camarillas

de honestos y beatíficos histriones,

y el otro, el general de Parañaque,

que á causa de arraigadas afecciones

ya no puede tocar paso de ataque.

Conque, ¿qué te parece la calaña?—

Una risa sardónica

dejó escapar España;

y la peste bubónica,

diciendo:—«¡Cuánta peste, voto al diablo!»—

se volvió hacia Bombay como un venabla.

MENOS JEREMIADAS

El pueblo español es un pueblo decadente, casi muerto, incapaz de acometer su propia regeneración.

¿Quién ha inventado y sostenido semejante concepto? Algún pesimista serio, algún incapaz, uno de esos perezosos de entendimiento y de voluntad, que acostumbra á las vacas gordas de la leyenda bíblica, no sabe cómo salir de su asombro al encontrarse ante las siete vacas flacas de los últimos tiempos de la saguntina restauración.

Ha fracasado todo, dicen los pesimistas; esos pesimistas de ahora, pusilánimes, miedosos, acostumbrados, sin saber por qué, por artes de la casualidad, á triunfar y á gozar durante veinticinco años de tutoría Cánovas-Martínez Campos.

Si, ha fracasado todo el día mismo del golpe de Sagunto. Aquellos hombres, su régimen, sus convencionales organismos, sus ideales atávicos están realmente agotados y sin vigor para salvar con éxito esta crisis social y política, consecuencia obligada de tantos y tantos errores, torpezas é insensateces.

Por viejo, por caduco, por gastado cae á pedazos el artificio creado por los restauradores.

¿Pero significa esto, que por viejo y caduco y gastado caiga y se disponga á la muerte el pueblo, la nación española?

No somos tan pesimistas, más claro, somos optimistas, porque creemos todavía en las energías, en la vitalidad de este pueblo de España.

España no es la restauración borbónica. La restauración ha pretendido ser España, fiel imagen de la nación

DON QUIJOTE

ANÉCDOTAS POLÍTICAS



Dato.— ¿Qué hora es, mi general?
Gómez Imaz.— Mi reloj señala siempre la misma hora: la hora de comer.



Por la espalda y a traición.



El mundo es un carnaval,
con careta de traidor;
quien no la lleva en la cara
la lleva en el corazón.



Mucho cuidado que se aproxima la época de la poda.



Let. de la Vinata de M. Bonifacio, Yeans del Valle, 22

De verbena.
— ¡Siempre me toca bailar con la más fea!



Preparando el pastel de las economías.



El primer caso de peste bubónica.

y por no haber acertado á confundir su espíritu con el alma del pueblo, por esto va en derrota el régimen, que caerá, quedando en pie la nación española.

Son los asustados restauradores, quienes convencidos de su fracaso van por estos mundos afirmando en tono de Jeremías, con lágrimas en los ojos y miedo en el corazón, que España no tiene salvación, que este es un pueblo decadente, imposible de regeneración.

Así expusieron también su dolor cobarde y su impotencia aquellos cortesanos de Luis XVI, ante un régimen que se hundía en el abismo, por el peso de sus errores y torpezas.

Cayó el régimen, y del seno de la Revolución surgió omnipotente la Francia liberal y moderna.

No seamos Jeremías los demócratas y los republicanos. No repitamos esas manifestaciones de la impotencia y de la esterilidad de los monárquicos.

No; este pueblo no merece el desprecio de los que reemos en la eficacia del progreso y de la civilización.

Pongamos á España cara á Europa; curemos al pueblo español de esa influencia retórico-clerical que le tiene apartado de la civilización moderna; démosle á España leyes democráticas que la dignifiquen; dediquemos toda la actividad nacional al trabajo, que es vida y fuente de prosperidad y, no lo dude nadie, surgirá otra nación española digna de contarse en el número de los pueblos civilizados.

No más jeremiadas en labios de republicanos. Repitiéndolas hacemos la causa de los hombres de la restauración.

EUSEBIO COROMINAS.

DIÁLOGOS

—¿Qué hay de noticias?

—Pues, chica, según me escribe Socorro, en San Sebastián hay peste...
—¿Bubónica?

—De gomosos.

—¿Qué hay, amigo?

—Que la peste en el pueblo la tenemos, porque el cacique ha venido.
—¿Y qué tiene que ver eso con la peste?

—Es que el cacique es la peste de este pueblo.

—Nos va á matar esa peste...
—Si aún no está en España, chico.
—Hombre, si yo me refiero á la peste de políticos.

—¿Quién ha venido?

—El casero, el sastre y otros *ingleses*.
—¿La peste!

—Sí, porque todos se han marchado echando pestes.

VICENTE RUBIO.

LANZADAS

—Dígame á vuesa merced, mi amo y señor don Quijote, que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

—No te fíes, Sancho, de esa calma, más aparente que real, de que disfrutamos. El pueblo duerme, pero ¡ay del día que despierte!

—Mas por las trazas, señor mío, hay que reconocer que todavía ha de tardar algún tiempo en despertar.

—Paciencia, Sancho, que ya sonará la hora solemne de los grandes acontecimientos.

—Creo, señor, que el reloj en que ha de sonar la tal hora debe estar parado en casa del general Weyler ó de otro relojero por el estilo.

—Te digo que hay que tener confianza en el porvenir.

—Pues si tan largo me lo fías, échame un cuartillo; y esperando esperando, se murió mi abuela, y aquel que se está quedado, no llega á ninguna parte. ¡Linda palabra esa del porvenir, mi señor don Quijote; linda palabra para engañar á los bobos!

—Declaro, Sancho, que me han hecho esta vez gran impresión tus palabras. Sí, tienes razón, ¿á qué aguardamos? Lo que puede hacerse hoy, ¿para qué esperar á hacerlo mañana? Además, hoy aún es tiempo; mañana quizás sea tarde. Repito: ¿á qué aguardamos?

—Eso pregúnteselo vuesa merced á quien correspon-

da, que yo no tengo palabra que contestarle. Ministro y todo, yo estoy dispuesto á montar en mi rucio cuando llegue la ocasión, que aunque soy silvelista de temporada, todavía se me alegran las pajarillas cuando oigo mentar la libertad, eso de los derechos individuales.

—Pues si Sancho se decide á montar en su rucio, ¿á qué aguarda don Quijote?

—Es que vuesa merced no considera que la raza ha venido tan á menos que ya no hay Quijotes, y apenas si queda algún que otro Sancho de buena voluntad...

—Palabras de verdad dices, ¡oh, mi fiel escudero! En esta tierra de la andante caballería ya no quedan más que Polaviejas y Silvelas. ¡Raza de degenerados, hijos de frailes y curas! ¿Dónde están aquellos hombres que lo sacrificaban todo por la libertad y por la patria? ¿No hay ya entre nosotros un solo espíritu valiente? ¿Hemos de resignarnos á todo, hemos de sufrir pacientes la ignominia y el deshonor?

—Paciencia y barajar, señor, como nos recomienda Liniers. Esperemos á ver si suena esa hora de que hablaba vuesa merced. No hay que perder del todo las esperanzas. Silvela es de los que aprietan... y ahogan. Fíenos en la buena de Dios, ya que no podemos fiar en la buena de los hombres. No hay mal que cien años dure... El comer y el rascar todo es empezar, y cuando menos se piensa salta la liebre... Conque, ya está vuesa merced enterado, y dejémonos de palabras, y espere los acontecimientos andando, y no perdamos la fe, y tengamos confianza en el porvenir...

—¡Esperar, siempre esperar, Sancho!

—¡Y qué le hemos de hacer, señor! El que espera desespera; pero, como diría cualquier revolucionario de los que gastamos ahora: ¡Peor sería no verlo!

DESDE LA REJA

Asomado á los cristales de la Redacción contemplo todas las semanas la abigarrada multitud de hombres y mujeres que se detiene en los alrededores de la imprenta, formando grupos heterogéneos, de entre los cuales surge una gritería espantosa, compuesta de carcajadas, dicharachos, interjecciones y blasfemias que se unen en íntimo y extraño consorcio; eco propio á la multitud que ondula, se retuerce y se apiña contra la reja, esperando el primer *veinticinco* de la lista grande.

Son los tales grupos un enjambre bullicioso de mozalbetes y chicuelos, que tiene mucho de alegre por su juventud y mucho de siniestro por sus harapos; conjunto de hombres y mujeres, adolescentes en su mayor parte, que llaman la atención del artista por su aspecto y del filósofo por su miseria; hormiguero humano que vive de lo que nadie quiere, y habita en medio de la calle, y cruza por ella con la sonrisa en los labios, el desamparo en el alma y la desvergüenza en los ojos.

¿De dónde vienen? Casi todos ellos lo ignoran; su origen arranca de ese montón anónimo donde la familia es un mito, el linaje un enigma y la paternidad un problema. Por azar casi siempre, sin que el amor intervenga para nada en las determinaciones del sexo, crece y se multiplica esta raza indómita y febril, de la que no se preocupa nadie, y que paga el desdén con la burla, y la indiferencia con el insulto.

La impresión que despiertan en mí siempre que los veo, es una mezcla de afecto y tristeza; y á la verdad que á una y otra cosa son acreedores aquellos mozos de tez curtida, semblante pálido y ojos expresivos que, con la gorrilla de seda sobre la frente, la blusa rota por los codos y remendada por todas partes; los pantalones hechos jirones; la camisa abierta sobre el pecho desnudo, y los pies descalzos, siquiera traten de disimular su desamparo unas botas hipócritas y agujereadas por la suela, rien y cantan y maldicen á un tiempo, ignorantes de su pasado, aburridos de su presente é inseguros de su porvenir. Y la tristeza y la ternura suben de punto cuando desde los hombres pasa la vista á las pobres mozuelas harapientas, que lucen con descaro sus rostros marchitos y sus formas angulosas; semejantes á los frutos caídos del árbol, prematuramente podridos, inservibles en los comienzos de su lozanía, y prontos á desaparecer en el surco fangoso donde fueron arrojados por la violencia del huracán.

Esbozos humanos, siluetas confusas, imágenes á medio concluir; basta verlos para comprender que en sus cuerpos enflaquecidos, por cuyas venas circula una sangre débil, envenenada por todos los raquitismos y todas las podredumbres de la herencia, puede cebarse impunemente la miseria, y que en sus almas, faltas de apoyo, de enseñanza, de ejemplos nobles y de energías sal-

vadoras, hay campo abierto para el vicio y materiales á propósito para el crimen.

Nacidos en el fango, criados en el abandono, hechos á respirar una atmósfera donde la asfixia es segura, tienen marcado su destino, y obedeciendo á la gravitación social, tan invariable y despótica en sus leyes como la gravitación física, desaparecen los hombres en las celdas de la cárcel, en los patios del presidio ó en los abismos de la miseria, y ruedan las mujeres desde las aventuras de la calle hasta los lechos del hospital, y desde los lechos del hospital hasta el fondo insaciable de la fosa común.

Tal es la ley: ley espantosa que pesa sobre ese montón anónimo de seres humanos que se agitan en el abandono y en la ignorancia, mientras las eminencias de guardarrropía pronuncian en Sociedades y Ateneos discursos que nada resuelven, discursos hechos en nombre de la fraternidad universal, á propósito de la cual fraternidad tengo mis dudas, porque ignoro, al ver cómo la tratan los comprometidos á plantearla, si es una idea ó un sarcasmo.

Y, sin embargo, qué fácil sería convertir esta masa; hoy perjudicial é inservible, en elemento útil y beneficioso para sus semejantes!

Fijad bien la atención en los grupos de hombres y de mujeres á que me refiero, y vereis que en sus ojos, donde brillan la juventud, la malicia y el descaro, se transparenta un alma; que en sus cerebros palpitan ideas que se traducen por una frase desvergonzada, por un gesto soez; que en su espíritu hay pasiones y en su corazón sentimientos, rudimentarios, pero susceptibles de desarrollo; dadles los medios de defensa que ahora les faltan, y convertiréis el montón inconsciente é inútil en un organismo completo.

Instruid, moralizad á esa muchedumbre; sacadla del embrutecimiento en que vive, despejad las sombras que la envuelve, y tendréis hombres, en vez de cosas.

Hacedlo así, y el mozalbote que con el cigarro entre los labios y la gorrilla sobre los ojos representa un porvenir de infamias, será el obrero, el soldado, el artífice, el músculo que trabaja y el cerebro que piensa; hacedlo así, y la chicuela flacucha y enclenque, carne de vicio que el mismo vicio rechaza con asco, será la jornalera ennoblecida por el trabajo, la fundadora de un hogar, el pecho que nutre y el corazón que ama.

Hacedlo así... ¡Pero váyales usted con semejantes peticiones á los políticos injertos en filósofos que andan por España y por esos círculos de Dios! ¡Poco atareados que viven los hombres; en averiguar si las crisis deben ser grandes ó chicas, ó chicas en grande, como los vasos de refresco! ¡Ahí que no es nada los asuntos que les agobian, en su afán de combatir con credenciales las disidencias de los partidos! ¡Cualquier día dejan ellos tan arduas, patrióticas y nobles tareas para ocuparse en pequeñeces!

¿Que hay hombres de quien nadie se cuida y que, educados en el abandono, llegan al crimen? ¡Y qué! Para algo han de servir los presidios.

¿Que hay mujeres que escandalizan las calles con su presencia? ¡Valiente cosa! Para evitar los tales escándalos existe un cuerpo de policía especial, que es la última palabra en la materia.

Así piensan ellos, y, después de todo, piensan bien. Cada uno nace donde le toca en suerte, y debe resignarse con su destino.

Lógica muy natural y muy cómoda, pero tiene un inconveniente: el de que la muchedumbre que se agrupa todas las semanas junto á la reja de la imprenta recuerda un día que sus manos sirven para otra cosa que para vender *veinticinco*, y que sus voces pueden emplearse en algo más que en gritar por calles y plazuelas: ¡La lista grande, que acaba de salir ahora!...

JOAQUÍN DICENTA.

CASTELAR

(FRAGMENTOS DE SUS OBRAS)

Precio: 3 pesetas.

A los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, **2,50 pesetas.**

BIBLIOTECA DE DON QUIJOTE

EN PRENSA

EL PADRE MONTAÑA

Precio: 20 céntimos.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo. Apodaca 18